

La función mediadora del texto en la construcción del sí mismo: una perspectiva semiótica*

Carlos Germán Celis
Universidad Industrial de Santander (Colombia)

La discusión en torno a la noción y la función del texto representa gran pertinencia al interior de las disciplinas que investigan el lenguaje y los procesos de construcción de sentido. Así, este escrito pretende ser un aporte que, desde la investigación en semiótica, permita el encuentro entre teorías sobre el texto. En este sentido se enfrentan dos perspectivas, en apariencia opuestas: por una parte, la inaugurada por Iury Lotman con su propuesta de la semiótica de la cultura y, por otra parte, la hermenéutica reflexiva de Paul Ricoeur. El objetivo es mostrar como éstas ópticas se articulan en torno a la hipótesis que propone al texto como una mediación que tiene implicaciones tanto en la construcción ontológica del sí mismo como en la constitución de la cultura.

Palabras clave: *texto, semiótica de la cultura, semiosfera, arco hermenéutico, sí mismo, interpretante.*

The Mediator Function of Text in Self Construction: A Semiotic Perspective

The discussion concerning the notion and function of text is of great importance for the disciplines dealing with language and meaning construction processes. From a semiotic stand, this article seeks to conciliate two seemingly contradictory theories about text: Iury Lotman's Cultural Semiotics and Paul Ricoeur's Reflexive Hermeneutics. Our purpose is to show how these theories come together in an attempt to propose a mediatory function of text and its implications in Self Ontologic construction and cultural construction.

Keywords: *text, cultural semiotics, semiosphere, hermeneutical arch, self, interpreter*

* El presente trabajo presenta un avance de la investigación «La construcción del Sí mismo a partir del discurso narrativo como un proceso semiótico», adscrita a la línea de investigación en semiótica y literatura de la Maestría en Semiótica y al proyecto «Postulaciones del Estado-Nación en la literatura colombiana del siglo XIX-II» de la Universidad Industrial de Santander.

Carlos Germán Celis

La función mediadora del texto en la construcción ontológica de sí mismo : una perspectiva semiótica

La discusión sobre la noción y la función del texto se ha vuelto muy pertinente en el interior de disciplinas cuyo objeto de estudio es el lenguaje y los procesos de construcción del sentido. Este artículo pretende ser un aporte, en el terreno de la investigación semiótica, en la medida en que acerca teorías sobre el texto. En este sentido, se comparan dos perspectivas, aparentemente opuestas: la una, inaugurada por Iury Lotman sobre la semiótica cultural; la otra, propuesta por Paul Ricoeur en su hermenéutica reflexiva. El objetivo es mostrar la articulación de las dos perspectivas sobre la hipótesis que propone el texto en tanto que mediador, teniendo en cuenta también sus implicaciones sobre el plan de la construcción ontológica de sí mismo que surge de la constitución de la cultura.

Mots clés : *texto, semiótica cultural, semiósfera, arca hermenéutica, sí mismo, interpretación*

*Sin embargo, cuando el texto es la tierra natal,
incluso cuando tiene sus raíces únicamente
en el recuerdo exacto y en la búsqueda de un puñado
de errabundos, nómadas de la palabra, no puede extinguirse.
(George Steiner 1996)*

1. Introducción

El siguiente escrito tiene por objetivo presentar una discusión entre dos posturas de gran amplitud teórica en torno al texto. La pertinencia de este trabajo radica en que se propone metodológicamente como un desarrollo que sucede en un plano semiótico, el cual será tomado, desde la perspectiva peirceana, al modo de encuentro dinámico entre interpretantes, dado que ninguna definición encierra para sí lo que podría llamarse el concepto de texto; por el contrario, se formulan perspectivas que dejan abierta la posibilidad de seguir creando formas de ver y de *vivir* el texto, en suma interpretantes.

Por tal razón, la estructura del trabajo muestra, en primer lugar, algunos elementos fundamentales que sobre el texto ha desarrollado «La semiótica de la cultura». Allí, Iury Lotman plantea el texto como un dispositivo complejo con capacidad tanto para conservar como para producir mensajes a través de procesos de producción de sentido que suceden a partir de

transacciones dinámicas cuyo lugar se encuentra entre los límites de las esferas culturales. Sin embargo, es necesario anotar que estos procesos acontecen en el interior de una formación que constituye un constructo teórico y opera como un mecanismo semiótico llamado semiosfera.

A partir de estos elementos se deriva un conjunto de funciones propias del texto, las cuales se establecen desde una serie de relaciones dicotómicas que dan cuenta de su carácter dinámico y de su vinculación con otros textos en diversidad de contextos. Estas funciones surgen de la díada básica de la comunicación y van ampliando su horizonte, pasando por el establecimiento de relaciones entre el lector y sí mismo a través del texto, hasta la concepción del texto como un elemento fundamental que toma parte activa en la praxis comunicativa. De la elaboración teórica que sobre el texto aporta la semiótica de la cultura se espera extraer el proceso de formación del texto, sus funciones y las implicaciones que presentan para la construcción de lo humano, específicamente, de una instancia ontológica como es el sí mismo, desde lo cual se vislumbra el aporte de valiosos elementos para describir, metodológicamente, esta construcción como un proceso semiótico. Así mismo, estas importantes herramientas conceptuales se cotejarán, en una segunda parte, con la reflexión hermenéutica que sobre el texto propone Paul Ricoeur, a partir de su concepción de texto entendido como «todo discurso fijado por la escritura».

La anterior definición tiene como ventaja que configura un punto de partida, desde el cual su autor desarrolla un amplio recorrido en torno a la discusión por las actitudes básicas frente al texto. A partir de esta exposición se deriva el enfrentamiento hermenéutico entre explicar e interpretar, donde cada una de las actitudes, en principio opuestas, llegan a complementarse, en tanto la explicación es parte del proceso mediante el cual se llega a la captación estructural del decir de un texto y la interpretación más allá de la apropiación es el fundamento del *arco hermenéutico* que favorece la comprensión del texto y de sí mismo que, en lugar de ser entendidos como procedimientos aislados, suceden de manera simultánea y apuntan a la

fundamentación de una concepción donde la lectura sea tomada como una *recuperación del sentido*.

La postura de Ricoeur aporta al proceso de enriquecimiento conceptual que pretende este trabajo, al intentar establecer un diálogo entre la filosofía reflexiva y la semiótica de la cultura, una serie de posibilidades que van desde el encuentro de distintas posiciones hasta el establecimiento de relaciones conceptuales en torno a la construcción ontológica del sí mismo a partir de la mediación de signos discursivos y procesos culturales, particularmente, el texto y la lectura.

2. Semiótica de la cultura

La cultura entendida como un fenómeno social, se encuentra organizada estructuralmente al modo de un complejo sistema que comporta la producción, conservación y reproducción de información. Este proceso se lleva a cabo a partir de la interacción de unidades de base llamadas textos. Así pues, del carácter dinámico de esta interrelación textual se genera un permanente proceso de producción de significación, el cual sólo es posible dentro del escenario cultural que funciona bajo el mecanismo de un *continuum* semiótico denominado por Iuri Lotman «semiosfera». El término anterior introduce el objeto de una perspectiva de análisis que se ocupa tanto de la organización como del funcionamiento de este dispositivo de producción de sentido. Se trata de la semiótica de la cultura, una disciplina que busca examinar «la interacción de los sistemas semióticos diversamente estructurados, la no uniformidad del espacio semiótico, la necesidad del poliglotismo cultural y semiótico» (Lotman 1996:78).

En términos generales, podría decirse que esta propuesta teórica de investigación en semiótica se ocupa de los procesos de producción de significación que suceden en el interior de esa unidad denominada semiosfera; procesos que a su vez devienen como consecuencia de los complejos y diversos modos de interacción que se dan entre las esferas que la conforman. Si bien la semiosfera tiene una especificidad territorial, que

establece los límites entre lo que a ella compete y lo que no, las esferas que la constituyen no son ajenas a esta característica. Cada una de las esferas posee un sistema o código que la organiza, la define y establece sus límites; por consiguiente, entre ellas existe un espacio que señala las diferencias y a la vez favorece el intercambio de información llamado frontera.

Su función es comparable al del espacio sináptico que favorece la comunicación entre las neuronas; es decir, las neuronas se encuentran en permanente intercambio de sustancias químicas, sin embargo nunca llegan a tocarse debido a que la asimilación de sustancias se realiza a partir de una prolongación ramificada llamada dendrita, cuya función es captar del espacio sináptico los químicos para producir los neurotransmisores necesarios que originen información suficiente que responda o genere un estímulo determinado.

El proceso neuronal antes descrito, significa una traducción de cierta información de un código externo a uno interno que permita la asimilación y por lo tanto la producción de información; lo anterior es enteramente comparable con la definición de frontera semiótica entendida como «[...] la suma de los traductores «filtros» bilingües pasando a través de los cuales un texto se traduce a otro lenguaje (o lenguajes) que se halla fuera de la semiosfera dada» (Lotman 1996:24). A partir de esta definición, es posible inferir la disposición limítrofe propia de las semiosferas; pero, además, el carácter del dispositivo que hace posible la conversión de un código en otro, elemento que por su complejidad constitutiva es capaz de transformar y generar mensajes, se está haciendo referencia al texto.

Es necesario enunciar que la anterior alusión al texto es, en este punto, una descripción incipiente, puesto que desde la perspectiva de la semiótica de la cultura, su complejidad trasciende el nivel de la conversión y la producción de mensajes, para alcanzar un nivel ontológico.

2.1. El texto: una mirada desde la semiótica de la cultura

Lo que interesa a la semiótica de la cultura con relación al texto son, en términos generales, aquellos elementos que se

presentan como divergentes a la estructura de la lengua. La atención prestada a estos fenómenos, surge como una respuesta a esa tendencia de los estudios semióticos que se ha ocupado de los modelos de los textos, es decir, la meta-semiótica. Ahora bien, esta inclinación se ha caracterizado por identificar elementos de orden estructural, tales como la contradicción y la inconsecuencia estructural, en suma, todos aquellos elementos que dan cuenta de la forma en que se materializan los componentes que constituyen la estructura de la lengua.

A partir de estos postulados, la semiótica de la cultura presenta una propuesta novedosa frente a los planteamientos tradicionales, en especial cuando centra su interés en la investigación sobre la forma semiótica en que funciona el texto. En este sentido, Lotman propone revisar el concepto de texto a partir de la relación dada entre el lenguaje y la comunicación.

En este orden de ideas, es pertinente mostrar que el estudio del texto se ha considerado desde dos enfoques. En el primer enfoque, el texto es la materialización del lenguaje. Según I. Lotman, de esto se desprende una suposición común: la idea de que «el lenguaje precede al texto, el texto es generado por el lenguaje» (Lotman 1996:92). Así, desde esta perspectiva, la construcción del texto presupone la existencia de un código que se toma como su estructura de base. Es decir, el texto es un producto del cual se puede extraer cierta información codificada. A esta idea que considera el lenguaje como unidad primaria para la elaboración del texto está ligada otra suposición, la del lenguaje y el texto como sistemas cerrados y pancrónicos. Afirma el autor que bajo esta concepción el texto se consideraba «como un material en el que se manifiestan las leyes de la lengua, como un género de mineral del que el lingüista, fundiéndolo, extrae la estructura de la lengua» (Lotman 1996:86). Este punto de vista dota al lenguaje de una función comunicativa primaria, a saber, la transmisión correcta de la información de un emisor a un receptor. La primera función se cumple, de la mejor manera, en el caso de la más completa coincidencia de los códigos del que habla y el que escucha, y, por consiguiente, en el caso de la máxima monosemia del texto.

En cuanto al segundo enfoque, la relación entre el lenguaje y el texto se transforma. Si en el primero el código precede al texto, en el segundo, «el código mismo nos es desconocido: todavía tendremos que reconstruirlo basándonos en el texto que nos es dado» (Lotman 1996: 93). Desde esta posición, el texto no se limita a utilizar las unidades y la estructura de un código específico, sino que contribuye a la deformación y el enriquecimiento del sistema. Lo cual tiene como consecuencia un más allá de la función comunicativa; es decir, el texto cumple también una función formadora de sentido, interviniendo, específicamente como generador de sentidos. De este modo, si en el primer enfoque, los cambios del sentido en el proceso de comunicación se consideran un error y por ende no son del interés del investigador, en el segundo, éstos adquieren la relevancia necesaria para su abordaje analítico en la semiótica.

El aspecto deformador del sistema refiere al componente creador del texto, cuya presencia demuestra que su interior no se constituye de estructuras homogéneas. Es decir, mientras en la primera función el texto sólo se considera como una simple materialización del lenguaje, en la segunda, la realidad textual se presenta como un tejido de estructuras heterogéneas. Esta posibilidad de interacción entre unidades de diversa naturaleza genera la producción y comunicación de un mensaje, pero, ante todo, la emergencia de nuevos sentidos. Desde esta óptica, lo que constituye la base de generación del sentido del texto es, fundamentalmente, la tensión entre los elementos internos que, pese a su diversa procedencia, logran organizarse en un todo único y coherente.

De este modo, se empieza a ver el texto a partir de los múltiples sistemas semióticos que a su vez poseen diversidad de estructuras que se interrelacionan de variadas maneras. Así, se marca una oposición con la idea de texto entendido como un enunciado de carácter unitario e indivisible, susceptible de ser expresado de manera indistinta en cualquier lenguaje. Inicialmente, la concepción de texto como unidad encuentra una fractura con la posición propuesta por la semiótica de la cultura, específicamente cuando expone que la condición para que pueda

ser calificado un enunciado como texto, es que haya pasado como mínimo por una doble codificación, es decir, una natural conformada por diversos signos de múltiples significados y otra ligada a cierto signo de significado unívoco.

Desde esta óptica, se afirma que la vía por medio de la cual se forman los textos, se encuentra inserta en un proceso de carácter dinámico. Es decir, inicialmente, el enunciado en una lengua natural fue tomado como el elemento primario, luego al pasar por un filtro ritual se incorporó a un código y se convirtió en texto. Posteriormente, este texto se adhirió a otras fórmulas que lo constituyeron como texto de segundo orden, desde el cual se incluían subtextos en lenguajes de distinto orden; por ejemplo, las palabras en conjunción con los gestos. Esto se identifica con mayor evidencia en las producciones artísticas. Allí se muestra, a partir de una unidad estructural, la interacción de las múltiples estructuras que a su vez se interrelacionan en diversos planos semióticos que dan lugar al sentido general de la obra entendida, desde este punto de vista, como un todo textual. Una de las características fundamentales de este complejo proceso, mediante el cual emerge un texto, es la tendencia a fortalecer su unidad interna; lo anterior tiene como efecto la delimitación de fronteras que señalan los componentes de esta unidad. En sí mismos, estos elementos adquieren su propia fuerza de modo que se van desarrollando de manera autónoma y en consecuencia independiente.

Asimismo, para que el texto pueda generar nuevos sentidos, debe entrar en interacción con un auditorio en una situación de comunicación concreta. «Esto por sí solo no debe asombrar: no todo sistema generador dinámico puede trabajar en condiciones de aislamiento de los torrentes de información externos» (Lotman 1996: 89). Es decir, para que lleve a cabo su función comunicativa como generador de sentido es necesario que esté sumergido en una semiosfera particular, en cuyo interior resulta inevitable su interacción con otros textos; por ejemplo, aquéllos que están en la conciencia de quienes conforman el auditorio. Con el ánimo de resolver estas heterogeneidades no sólo en lo que respecta a las organizaciones semióticas sino también a nivel

intercultural, la lógica del espacio semiótico impone la necesidad de procesos dinámicos de traducción entre los diversos tipos de textos. Estos procesos interactúan de manera indistinta; se trata del diálogo y la traducción entendida como interpretación. Sólo a partir de estos procesos se regulan las heterogeneidades y se garantiza la integridad de la semiosfera

2.2. Las funciones del texto

Existe una serie de relaciones dicotómicas que se muestran como tendencias a la integración y a la desintegración; éstas representan la dinámica mediante la cual un texto se vincula a otros textos en diversos contextos y ejerce variadas funciones en el interior de la cultura. Este movimiento expresa las divergencias entre las múltiples posiciones en las que puede situarse un texto, mostrando a partir de ellas variadas posibilidades de producción. Por ejemplo, las perspectivas del lector y el autor pueden ser opuestas, es decir, donde el autor ve un texto con unidad propia, es posible que el lector lo perciba como una parte de algo, puede ser tomado como pieza de una colección o un ciclo. También es viable que se dé el caso contrario, es decir, donde el autor puede percibir una parte, el lector puede ver una unidad. De este modo, a un texto le es dado establecer relaciones complejas entre un contexto cultural y un público lector; en este sentido, el texto muestra propiedades de dispositivo intelectual: no sólo porque transmite información depositada en él desde afuera, sino porque también transforma mensajes y produce nuevos mensajes. Estas relaciones que parten de la díada básica de la comunicación, muestran ciertas variantes que complejizan su trato y describen, para cada caso, una función distinta del texto, las cuales se describen como se muestra a continuación:

- a. Trato entre el destinador y el destinatario. El texto porta una información dirigida a un auditorio.
- b. Relación entre el auditorio y la tradición cultural: El texto es la memoria cultural de la colectividad. Se puede enriquecer de manera permanente, actualizar la información que posee

- y dejar a un lado otros textos ya sea temporalmente o por completo.
- c. El trato del lector consigo mismo. El texto como mediador ayuda a actualizar y a estructurar rasgos de la personalidad del destinatario, aporta a la autoorientación al establecimiento de vínculos como las construcciones metaculturales. Aplica especialmente para textos tradicionales.
 - d. Relación entre el lector y el texto. Un texto de alta organización intelectual es una unidad que trasciende su nivel de mediador para ser interlocutor.
 - e. El trato entre el texto y el contexto cultural. En este caso el texto es un participante del acto comunicativo que representa un contexto (tal como sucede en la relación entre un texto artístico y su título). Los textos como formaciones estables y delimitadas, pasan de un contexto a otro re-codificándose.

En síntesis, para la semiótica de la cultura un texto es definido como «[...] un complejo dispositivo que guarda variados códigos, capaz de transformar los mensajes recibidos y de generar nuevos mensajes, un generador informacional que posee rasgos de una persona con un intelecto altamente desarrollado» (Lotman 1996:82). Debido a que la comunicación se da en doble vía, se habla de relación con el texto. Esta es la forma en que su mutua vinculación se asemeja al trato semiótico de un ser humano con otra persona autónoma.

Para los efectos de este trabajo se retomarán, a manera de conclusión parcial, aquellos elementos de la semiótica de la cultura que se podrían señalar como más representativos en cuanto a la noción de texto se refiere, de modo que signifique un aporte a la discusión que gira en torno a la investigación sobre «La construcción del sí mismo a partir del discurso narrativo» entendida como un proceso semiótico.

En primer lugar, lo referente al funcionamiento natural de la frontera. Se entiende que la frontera se ocupa de relacionar dos esferas de la semiosis; sin embargo desde la posición de la autoconciencia la función es inversa: «Tomar conciencia de sí

mismo en el sentido semiótico-cultural, significa tomar conciencia de la propia especificidad, de la propia contraposición a otras esferas. Esto hace acentuar el carácter absoluto de la línea con que la esfera dada está contorneada» (Lotman 1996: 28). A partir de lo anterior, no es forzado interpretar que tomar conciencia de sí es posible mediante el proceso de delimitación de lo que constituye a cada sujeto como una entidad ontológica distinta pero en permanente construcción y relación con la alteridad. En segundo lugar, la relación con la alteridad con fines de delimitación e intercambio sucede a partir del trato con un complejo conjunto de códigos, en plena capacidad de recibir y producir mensajes que constituyen textos. En tercera instancia, las variantes diádicas de relación entre el texto y los diferentes modos de destinatario, son procesos semióticos en los que la función del texto aporta a la construcción de sí. Finalmente, el texto es tomado como metáfora de una persona con desarrollo intelectual alto, un interlocutor que suscita procesos de mediación del sí, visibles en acciones para la comprensión y la explicación del relato humano, mediante la actualización de la personalidad, de la historia y de las construcciones metaculturales.

3. El texto desde la filosofía reflexiva y la hermenéutica

La construcción filosófica de Paul Ricoeur es, como él mismo la denomina, una filosofía reflexiva que ante el problema del texto lo asume como una intelección de sí, donde prima la reciprocidad entre su propuesta y la hermenéutica. La forma en que Ricoeur postula su perspectiva frente al «texto» surge a partir de una discusión de carácter hermenéutico, discusión que se aborda tomando como punto de partida lo que él denomina las actitudes fundamentales frente a un texto, refiriendo así a la *explicación* y la *comprensión*. El abordaje de estas posturas ancla inicialmente en los aportes de Wilhem Dilthey quien, a finales del siglo XIX, atribuye estas actitudes a modos particulares de investigar, en este caso, afirma que le es propio a las ciencias naturales la *explicación*; no obstante, esta condición fue adoptada por los investigadores de las ciencias históricas de orientación

positivista, quienes incorporaron a su quehacer este modelo, lo cual tenía como corolario asumir la interpretación como un modo de *comprensión* propio de las ciencias del espíritu.

A partir de lo anterior, se proyecta la posibilidad de enfrentar posiciones en torno a la discusión contemporánea dada entre *explicación e interpretación*, teniendo en cuenta que la primera ya no deriva su desarrollo de las ciencias naturales sino de puntos de referencia propios de la lingüística. De igual forma, el concepto de interpretación se ha modificado de manera considerable a partir de los aportes de la hermenéutica contemporánea.

Así, se trata de presentar un marco de discusión hermenéutica cuyo eje referencial es la aparente oposición entre las actitudes fundamentales con respecto a un objeto particular como es el texto. El comentario anterior, tiene como función esbozar el punto de partida que asume Ricoeur desde el cual avanza definiendo el texto como «todo discurso fijado por la escritura» (Ricoeur 1999:59). Esta concepción le permite iniciar un recorrido fundamental en el que muestra la forma en que se sujeta el discurso a la escritura; para tal efecto, formula la pregunta por la relación que se da entre texto y habla. A partir de lo anterior, se puede inferir que el habla es primero, posición que se apoya en una definición canónica como es la que configura la concepción de habla de Saussure, cuya afirmación radica en decir que la lengua sucede como discurso, por lo tanto la producción de un discurso emerge en un hablante particular; de forma análoga se entiende la posición del texto frente al habla pues toda escritura emerge de manera posterior.

Decir que «la escritura es fijación del habla» no constituye un motivo de discusión; lo que sí podría plantearse es la pregunta por los posibles efectos que se pueden producir con respecto a la relación entre los enunciados y el discurso, esto debido fundamentalmente a la distancia que hay entre la oralidad y la aparición de la escritura. A partir de esta cuestión, Ricoeur reafirma su definición de texto y dice que si efectivamente todo discurso es fijado por la escritura es porque habría podido ser emitido; sin embargo se escribe porque aun no ha sido pronunciado. Pero cabe preguntarse si afecta en algo su

condición cuando no es el habla lo que se escribe, sino lo que directamente pretende decir el discurso. Podría pensarse en el caso de la lectura, puesto que allí se sostiene un vínculo entre la pretensión del enunciado y la escritura: la interpretación. De ahí se deriva entonces que la lectura pueda ser contemplada como un diálogo con el autor por medio de su obra, donde el lector reemplaza al interlocutor y de manera análoga la escritura a la locución y al hablante.

Pese a la validez que pueda ser otorgada a lo antes presentado con respecto a la relación dialógica entre el lector y el libro, existen unas condiciones naturales que niegan tal reciprocidad, pues es necesario tener en cuenta que por diálogo se entiende un intercambio alternativo de interrogantes y respuestas, lo cual no sucede entre el lector y el libro puesto que éste no responde a sus preguntas. Además, como se verá a continuación se ocultan mutuamente, por cuanto en la lectura no está el autor y en la escritura no está el lector. Esta doble imposibilidad se suma a la hipótesis de que la escritura se realiza de manera semejante al habla, sustituyéndola, de modo que la sujeción del discurso en la escritura sea más bien la intención de un decir; es precisamente a partir de la inscripción de la intención que «[e]sta liberación de la escritura que sustituye al habla conlleva al surgimiento del texto» (Ricoeur 1999: 61).

Ahora bien, cuando el enunciado se escribe omitiendo así su realización oral, conserva además el discurso para la memoria de la subjetividad y de la colectividad, y, hace viables, por su carácter simbólico, procesos de traducción en los que se puede hallar diversos semblantes del lenguaje que dan cuenta de su efectividad; también se presenta un efecto respecto de la referencialidad del lenguaje frente al habla, por cuanto al ser dirigido a otro hablante el sujeto del discurso dice algo acerca de algo y lo que dice constituye el referente de su discurso. Es así como a partir de la frase como componente esencial del discurso se ejerce la función de decir algo verdadero o real. La importancia de esta función radica en procurar cierto equilibrio ante esa escisión dada entre signo y cosa, pues mediante ella, afirma Ricoeur, citando a Gustav Guillaume, «el lenguaje

devuelve al universo los signos que la función simbólica, en un principio había sustraído a las cosas.» (Ricoeur 1999:62). Bien puede decirse que de esta forma sucede el anclaje del discurso al mundo; además siempre que hablamos lo hacemos del mundo.

En la sustitución del texto por el habla emerge un fenómeno particular. En el habla los hablantes están presentes de modo que la referencia a la realidad es común; en efecto, esto es posible porque como se dijo, el lenguaje se fija en lo real, todo lo que se dice tiene una referencia real y al demostrarlo el sentido muere en la referencia de igual modo la referencia en lo ostensivo de la acción. Pero cuando el habla es reemplazada por el texto el carácter referencial ostensivo del diálogo se interrumpe, dando así lugar a lo que Ricoeur llama *la ideología del texto absoluto*. En este sentido, podría pensarse que el texto frente al diálogo carece de referencia y por tanto se encuentra fuera del mundo, lo cual se debilita mediante la función interpretativa de la lectura que consiste, efectivamente, en llevarla a cabo. Sin embargo, ese fuera del mundo atribuido a los textos es parte de sus características y como tal tiene una función como es la de hacer posible la relación intertextual. «Esta relación intertextual, junto con la disolución del mundo sobre el que se habla, da lugar al cuasimundo de los textos o *literatura*.» (Ricoeur 1999:63).

Lo que sostiene la *ideología del texto absoluto* es la interrupción por el texto hacia la referencia; de este modo se evita que las palabras se desvanezcan ante las cosas y por medio de la escritura se hacen, para sí mismas, palabras. En el cuasimundo de los textos es posible superar el carácter circunstancial del habla; esto hace posible, por ejemplo, recuperar el brillo de una época o de una civilización pasada a través de sus obras. Ese mundo del pasado se presentifica y lo que antes era habla ahora es escritura y por lo tanto imaginación y creación literaria. Otro efecto, surge de esa conversión mundo – texto, y tiene que ver con la relación texto, autor y lector. Se puede partir de asumir al autor como un hablante aunque en el texto no hay hablante como tal, debido a que no se cumple con la condición de autodesignación inmediata como sucede en la ejecución discursiva. Así, en la relación texto-autor

el texto se convierte en el espacio en el que éste es posible. Sin embargo, se introduce la cuestión de si el autor no es el primer lector del texto, y si lo es, entonces, cómo se produce el distanciamiento. Este aspecto se retomará más adelante del lado de la noción de cuasi-mundo de los textos.

En la lectura sucede un encuentro de posiciones entre *explicación e interpretación*, las cuales según Dilthey son antagónicas; es decir, se explica como se hace en las ciencias naturales o se interpreta como en las ciencias del espíritu. Es necesario anotar que la oposición inicial de Dilthey es entre *explicar y comprender*, donde el lugar de la interpretación es parte de la comprensión.

En las ciencias de la naturaleza, los objetos son sometidos a la verificación del método científico, mientras que en las ciencias del espíritu se privilegian las producciones de la subjetividad; en este sentido, «la comprensión consiste en trasladarse a un psiquismo ajeno» (Ricoeur 1999:65). Así pues, es posible pensar que puede darse una forma de conocimiento que objetive la singularidad de los individuos; para Dilthey esto es enteramente posible dado que el interior humano se manifiesta en signos externos, susceptibles de ser concebidos como signos de la psique de otro. De este modo, concibe la comprensión como el *proceso* por el que se accede al conocimiento de *algo* de la psique a partir de los signos a través de los cuales se expresa, y la interpretación es la comprensión que se aplica a los signos, es decir, en palabras de Ricoeur, a los testimonios y a los documentos cuya característica distintiva es la escritura.

Se tiene, entonces, que la comprensión favorece el acceso al conocimiento del psiquismo ajeno a través de los signos, en tanto la interpretación, por su parte, brinda la posibilidad de objetivación del conocimiento gracias a la escritura de los signos. No obstante, la pretensión de complementariedad que formula Ricoeur, ante las dos actitudes fundamentales frente a un texto, se encuentra precedida por un debate en torno a la fundamentación de la hermenéutica, donde trabaja el esclarecimiento del estatus científico de la interpretación, derivado de que la explicación ya no es del dominio de las ciencias

naturales lo cual no es suficiente porque en el interior del concepto de interpretación habita cierta intuición inverificable y que es, a su vez, compartida con el concepto de comprensión. En efecto, si se habla de ciencias del espíritu es preponderante tener en cuenta la noción de objetividad que se le supone inherente, lo cual, significa una ruptura entre comprensión e interpretación al interior de la hermenéutica, pues por un lado está su tendencia a la psicologización y por otro, su proyecto de establecer una lógica de la interpretación. Para Dilthey comprender es entender al autor, al proceso por el cual se dio curso a la obra, para así reducir cualquier vestigio de psicologización, de introspección y comprensión de sí. Sin embargo, «la exteriorización de la vida conlleva siempre una interpretación de uno mismo y del otro indirecta y mediata. [...] La interpretación siempre tiene por objeto la reproducción, la *Nachbildung*, de las experiencias vividas.» (Ricoeur 1999:67).

En este punto, es importante retomar la idea del cuasi-mundo de los textos, puesto que, abre por un lado la posibilidad, desde la posición de lector, de escindir la referencialidad del texto, tratarlo como si no tuviera autor ni mundo, o bien, facilitar que se vivifique como habla; estas posiciones describen la dialéctica de la lectura. En este orden de ideas, al dedicarse a la identificación de la referencia se elimina su exterioridad y queda el acceso a la estructura interna, además se adopta una actitud explicativa frente al texto pues se ocupa de mostrar la forma en que está constituido; lo anterior, presenta como efecto que se quiebra la trascendencia hacia el mundo y hacia el otro. Epistemológicamente este procedimiento explicativo es propio del lenguaje y no al decir de Dilthey incorporado de las ciencias naturales. La actitud del modelo estructural frente a un texto, asume que aunque la escritura y el habla se encuentran de una misma parte con relación a la lengua, es decir, junto al discurso, por su parte, la escritura frente al habla posee elementos estructurales tal y como sucede en la lengua y en el discurso. Lo anterior apunta a decir que las disposiciones para la organización estructural del lenguaje, en general, funcionan de la misma forma en que se organizan las unidades más pequeñas, es decir, las de

grado inferior a la frase. De este modo, la explicación ha cobrado pertinencia al ser tomada como concepto propio de la semiología, a partir del análisis estructural de las narraciones y de la lingüística por el análisis de las estructuras de la lengua.

A partir de lo anterior, se toma el lenguaje como ese plano común en el que puede darse la discusión entre explicar e interpretar, sin la intersección de las ciencias naturales de las que se importaban procedimientos y conceptos. Ahora bien, desde esta óptica, el punto de partida lo marca la interpretación como actitud ante un texto y a modo de artificio operativo la lectura que, como se enunció antes, desprende dos formas de ejecución. La escisión de la referencialidad (explicación) y su realización en el habla actual, cuya importancia radica en que a partir de la suspensión de la referencialidad se abre el espacio a la significación. Sin embargo, la explicación no sería posible si se conservara la concepción del texto como algo cerrado en sí mismo, de ahí que la interpretación sea la consecuencia de la superposición discursiva propia de la constitución del texto.

En primera instancia, a la interpretación se le atribuye el sentido de apropiación, aspecto por el cual la explicación se tornará en una mediación más no en una oposición. Ante lo cual anota Ricoeur:

Entiendo aquí por apropiación, el hecho de que la interpretación de un texto desemboca en la interpretación de sí de un sujeto que, a partir de ese momento, se comprende mejor, de otra manera o, sencillamente, comienza a comprenderse. [...] la comprensión de sí ha de dar un rodeo por la comprensión de los signos culturales en los que uno mismo se documenta y se forma (Ricoeur 1999:74).

Con base en lo anterior, se puede hablar de la finalidad que comporta la comprensión de un texto, la cual está dada a partir de la mediación que acontece en la relación de un sujeto consigo mismo, así como en la reflexión sobre el sentido de su propia vida. Por consiguiente, la condición sin la cual la reflexión y por tanto la mediación son posibles es la ausencia de signos y de obras, lo cual hace que la explicación tampoco se dé, puesto que es parte

del proceso de la comprensión de sí. Así, pues, la construcción de uno mismo y del sentido se llevan a cabo de manera simultánea.

Otros rasgos de la apropiación, a los que se opone la hermenéutica, son, en primer lugar, la distancia cultural que se da en términos de tiempo y la distancia del sentido propio, es decir, del sistema de valores en el cual emergió el texto. De este modo, la función de la interpretación es aproximar lo lejano, dar familiaridad a lo extraño, pero sobre todo actualizar. De ahí que para Ricoeur, «la lectura sea como la ejecución de una partitura musical que actualiza las posibilidades semánticas del texto»; de este modo, se supera la distancia cultural y se integra a la comprensión de uno mismo. La actualización del texto le provee, a su vez, de un contexto y un auditorio. Así, la lectura se toma como si fuera habla, pues aunque nunca alcanza el intercambio dialógico, sí da lugar a un acto que conserva con el texto una relación análoga a la del habla con la lengua, debido a que en ambos casos se trata de instancias discursivas.

Desde la perspectiva del análisis estructural, el texto era portador de una serie de vínculos internos que lo constituían como estructura; ahora, adquiere un significado que se efectúa en el discurso del lector. De este modo, más allá de su faceta semiológica comporta una magnitud semántica. Ahora bien, aún no se ha integrado la noción de interpretación entendida como apropiación a la posición de la explicación propia del análisis estructural; por lo tanto, siguen pareciendo opuestas, se trata entonces de que el análisis estructural y la hermenéutica se comporten de modo complementario, si se tiene en cuenta que cada una remite a la otra a partir de ciertos aspectos que comparten.

En el estructuralismo la noción de «sentido» refiere al orden de los elementos de un texto, a la forma en que se integran los segmentos de la acción y los actantes dentro de un relato que se toma como un todo. Si se considera que el análisis estructural representa una etapa necesaria en un primer momento del proceso interpretativo que va de la ingenuidad a la crítica y de una interpretación superficial a una profunda, entonces, resulta viable integrar la explicación y la interpretación en un *arco*

hermenéutico, que fundamenten una concepción donde la lectura sea tomada como una *recuperación del sentido*.

Hasta el momento, asumir la interpretación como apropiación de la intención del texto solo señala su carácter subjetivo y se encuentra en el marco conceptual de Dilthey. Por otra parte, el análisis estructural aporta que el objeto del texto no se funda en la intención del autor o su vivencia sino en el cometido mismo del texto. Ahora bien, si la intención del texto se dirige en el mismo sentido que el pensamiento, es necesario concebir la semántica de un modo dinámico. Explicar es mostrar la estructura, lo cual es estático, mientras que interpretar es seguir al camino abierto por el pensamiento del texto. Así, es posible mostrar un procedimiento interpretativo de carácter objetivo que lo muestre como acto del texto, en el que la tradición y la interpretación hagan parte del mismo. De este modo Ricoeur vincula su propuesta a la definición que da Aristóteles cuando en el tratado *De la interpretación*, afirma que interpretar es la acción del lenguaje sobre las cosas; esto no debe entenderse como la acción de un segundo lenguaje sobre un primero sino como la mediación de los signos en nuestra relación con las cosas. Esta concepción se complementa con la noción de *interpretante* de Peirce, a partir de la cual espera sostener que la tradición y la interpretación habitan en el texto. Para Peirce, la relación entre un signo y un objeto permite que otra relación como es la del interpretante con el signo, haga parte de la relación entre signo y objeto. Lo que Ricoeur toma de esta posición es la condición de apertura que existe ente signo y objeto, por cuanto admite la incursión de otro interpretante que opere como mediador en la primera relación. Se entiende por interpretante el *comentario* que esclarece la relación signo-objeto; éste surge de la inacabada conexión entre emisor y receptor que se fundamenta en la propia experiencia, de ahí la emergencia infinita de interpretantes.

Ricoeur expresa como salvedad la prudencia que exige el concepto peirciano de interpretante, puesto que se trata de un interpretante de signos y el que se requiere para su teoría del texto es un interpretante de enunciados; pero, aclara que lo usa en tanto es posible ponerlo mas allá de las unidades pequeñas,

hacia las mayores, del mismo modo que los estructuralistas utilizan unidades de un nivel inferior de la frase a unidades de carácter superior o igual. Así pues, la transposición de los términos sucede como se muestra a continuación: de la triada objeto, signo, interpretante, se dirige a la concepción del texto como objeto; el signo tomado a modo de la semántica profunda de igual manera a como la expone el análisis estructural, y finalmente la serie infinita de interpretantes conformada por las diversas interpretaciones que se incorporan a la dinámica del texto como realización del sentido.

A manera de conclusión, puede decirse que la despsicologización de la interpretación es posiblemente derivada de los conceptos de Aristóteles y de Peirce. «Desde ahora, interpretar, para el exégeta, consistirá en orientarse en el sentido indicado por esta relación de interpretación que forma parte del propio texto.» (Ricoeur 1999:74). Interpretación como apropiación es un extremo del *arco hermenéutico* «se trata del primer pilar del puente, del punto de apoyo del arco en el suelo de lo vivido». Sin embargo, la hermenéutica se ocupa de mediar esa *interpretación-apropiación* a lo largo de la serie de interpretantes que hacen parte de la realización del texto en sí mismo. La apropiación pierde su arbitrariedad cuando se va en busca de la recuperación de lo que dinamiza el texto como sentido y la voz del hermeneuta es «un rededir que reactiva el decir del texto»; de este modo, en la actitud del exégeta se integran las actitudes fundamentales frente al texto, allí donde lo que él dice es el decir del texto y de sí mismo.

4. Hacia una ontología del texto desde una perspectiva semiótica

Esta parte del trabajo se ocupará de esbozar los elementos fundamentales sobre los cuales se cierne la discusión en torno a la función ontológica del texto como un signo entre el sujeto y la cultura. Si bien desde «la semiótica de la cultura» se concibe el texto como una compleja unidad que favorece procesos de creación y traducción de información, la óptica de Ricoeur lo

plantea como una formación netamente discursiva sujeta a la escritura. De estas posiciones se derivan múltiples funciones que en la «semiótica de la cultura» se describen como procesos de producción de sentido que, podría decirse, se van materializando en signos culturales a partir de los cuales se constituye un entramado semiótico llamado semiosfera. Luego, las funciones van adquiriendo mayor complejidad, cuando describe el texto como una instancia mediadora del lector consigo mismo; de ahí se deriva la posibilidad de actualizar y estructurar sus rasgos de personalidad. De este modo, le adjudica funciones de construcción ontológica, puesto que pone al sujeto en un plano de realidad que se va haciendo con él. Esta posición encuentra posibilidad de diálogo con el enfrentamiento que establece Ricoeur con las actitudes fundamentales frente al texto, explicación e interpretación, sobre todo con el aporte capital que realiza al derrumbar su oposición y proponerlas como complementarias. Lo anterior, afirma el papel constructor del sí mismo que a partir del texto propone este trabajo. No obstante, la discusión hermenéutica de Ricoeur se traza unas metas que recorren los derroteros de los estudios del lenguaje en los que actualmente se mueve la semiótica.

Si bien las dos posiciones muestran cierta trascendencia del texto con respecto al habla, como la entendía Saussure, el aporte de Ricoeur es el que abre la posibilidad de quitar el carácter unitario y estático de la estructura del texto, como llamaba la semiótica de la cultura al análisis estructural y lo pone en circulación proponiéndolo como un elemento fundamental en el proceso de comprensión. El anterior desarrollo muestra la integración de las posturas, las cuales confluyen en la relevancia que cada una da a la lectura como proceso de asimilación, actualización y producción de los signos, además como vía de objetivación, a partir de la lengua, de cierta intuición interpretativa que subyace en el habla y que es constitutiva de la construcción de sí.

Por otra parte, el carácter dinámico de dicho proceso lector de función ontológica, mediador inacabado e inacabable, en el que se privilegia el lugar del texto como participante en el acto

comunicativo, se complementa con la idea de conciencia de sí propuesta por la semiótica de la cultura, entendida como el conocimiento de la propia especificidad que dibuja el límite a partir del cual le es dado relacionarse con otras. Esta concepción se dinamiza incorporándola a la noción de *apropiación interpretativa*, donde el lector exégeta lee el texto desde sí pero respetando el decir propio del texto, ideas que funcionan en *el arco hermenéutico*, visto como el polo a tierra que vincula al lector, su experiencia y su participación de lo que Ricoeur llama el cuasi-mundo de los textos que desde la semiótica es el escenario de la relación intertextual.

Finalmente, la autonomía del texto o la escisión de la referencialidad desde Ricoeur, son planteamientos que encuentran eco en la descripción que se hace en «la semiótica de la cultura», cuando refiere que el texto puede ser entendido al modo de la metáfora de una persona con alto desarrollo intelectual, la cual funcionaría como un móvil de la actualización interlocutora; así, el texto inaugura su apertura al mundo en actitud de diálogo, procurando un auditorio en el que se vivifique; de ahí, su relación con la recuperación del habla de un momento histórico particular que se configura en los signos de una cultura. De esta forma, por ejemplo, sucede el encuentro con otras culturas en y a partir de la literatura o cuasi-mundo de los textos en el que se permean de un contexto a otro recodificándose y abriéndose a nuevas y múltiples significaciones; o como se dijo al principio de este trabajo, desplegando la potencia infinita de comentarios que aclaran y actualicen la relación entre signos que confluyen en los entramados semánticos que constituyen los textos, sumándose a la construcción de esa serie infinita de interpretaciones (fundamentos del sí mismo y de la cultura) que se incorporan inevitablemente a la dinámica del texto como realización del sentido, es decir, a modo de interpretantes.

Referencias bibliográficas

- Begué, M. (2002). *Paul Ricoeur: La poética del Sí mismo*. Buenos Aires: Biblos.
- Peirce, C. (1987). *Obra lógico semiótica*. Madrid: Taurus.
- Peirce, C. (1988). *El hombre un signo*. Barcelona: Editorial Crítica.
- Ricoeur, P. (2003). *Tiempo y narración I. Configuración del tiempo en el relato histórico*. México: Siglo XXI.
- Ricoeur, P. (1998). *Tiempo y narración II. Configuración del tiempo en el relato de ficción*. México: Siglo XXI.
- Ricoeur, P. (1999). *Tiempo y narración III. El tiempo narrado*. México: Siglo XXI.

Bibliografía fundamental

- Lotman, I. (1996). *La semiosfera I*. Madrid: Cátedra.
- Ricoeur, P. (1996). *Sí mismo como otro*. Madrid: Siglo XXI.
- Ricoeur, P. (1999). *Historia y Narratividad*. México. Barcelona: Paidós.
- Ricoeur, P. (2002). *Del texto a la acción. Ensayos de hermenéutica II*. México: Fondo de cultura económica.
- Steiner, G. (1996). *Pasión Intacta*. Santafé de Bogotá: Editorial Norma.

Sobre el autor

Carlos Germán Celis Estupiñán

Profesor de cátedra auxiliar, Escuela de Letras, Universidad Industrial de Santander (UIS), Bucaramanga (Colombia). Candidato a magíster en Semiótica de la misma universidad.

Correo electrónico: cgcclise@gmail.com.

Fecha de recepción: 27-02-07

Fecha de aceptación: 09-10-07